

Y así continuó hasta los finales del decenio de los años cincuenta de este siglo, en que empezó la emigración masiva, que se calcula que habrán emigrado del pueblo unos ochocientos jerteños. Ahora desde hace unos años ha parado la emigración.

Isabel ALIA PAZOS

Editada por los Servicios Culturales de la Excm. Diputación Provincial de Cáceres, ha aparecido la obra:

«Siete ensayos sobre el Romanicismo español»

por PEDRO ROMERO MENDOZA

Premio Cartagena de la R. Academia Española

TOMO II

Anotada e ilustrada

Pedidos a: Servicios Culturales o a la Revista «ALCÁNTARA» -:- Cáceres

Flores y jardines

por Enrique SEGURA

SE adelantará o no, como este año; pero siempre llega la novia primavera. El camino asfaltado de Badajoz a Valverde de Leganés: olivos, encinas y alcornoques, asciende entre pinos, como algo singular que nos deja en el Pantano de Piedra Aguda. Espejo rodeado de millares de eucaliptus meciéndose en los aires o rectos como lanzas. Al fondo del paisaje, se columbra la albura de un cortijo.

Sigue subiendo este camino hasta Olivenza y al iniciarse el descenso, se abre todo el campo como un abanico japonés: un cielo casi redondo cubriendo a la derecha sembrados y caseríos como palomas; a la izquierda la línea del horizonte lusitano donde asoma Elvas. Al fondo de tanto verdor, se divisa la línea clara de nuestra ciudad.

De ida y vuelta es un paseo en coche de 50 a 60 kilómetros que visitamos con mucha frecuencia. Un amigo gracioso nos dice que estamos «empantanados».

Bajo los encinares floreados de claros y menudos candelabros, aparecen manchas de tomillos morados, canongiles. Por las cunetas, pequeñas margaritas, algún lirio y matojos de retamas, de un fuerte amarillo, alternando a veces, en las orillas de guaperos blancos y llamativos como novias en el altar.

Pero no hay necesidad de estos viajes de primavera. Tenemos muchos jardines en Badajoz: en la Alcazaba, en el Auditorio en Castelar, y sobre todo en el parque de La Legión, cargado de arboleda y

ahora de rosas ¡muchas rosas! al amparo de la muralla adornada, floreada, que también sirven para el goce espiritual.

Más próxima todavía. Aquella huerta frailuna, está convertida en el vulgar paseo de San Francisco, acogotado ahora por los feísimos edificios de altura «y de bajura».

Fue Antonio Juez, el artista exquisito, el creador de esta curiosa arboleda de palmeras y de cinamómos unidos por cordones de rosas maravillosas. Esperábamos impacientes este año la aparición de las celindas, ordenadas y cumplidoras de su deber, hasta que cada día van apareciendo cubriéndose de blancas flores olorosas al conjunto de una mano oculta de una conciencia casi humana y que intima conversación providencial. Esta simetría florida tan estupenda se le debe al amor de aquel amigo tan olvidado.

Soñemos al menos con los jardines de Semíramis de Babilonia; en los estilizados versallescicos del 18; en los de la Granja, Aranjuez y El Escorial; jardines románticos que circundan la Alhambra de Granada, inspirados en el susurro de las aguas que corren por sus acequias evocando la música universal de Manuel de Falla.

Frente a ellos, aquel a portuguesa con flores pregonando por las calles de Badajoz: ¡A la flor del jacinto!

Conformémonos y gocemos en este rinconcito franciscano de nuestro modesto caudal de jardinería:

Aquella casita blanca
que está entre los olivares
vale más que el mundo entero
porque allí tengo a mi madre.

Gratos recuerdos de nuestra juventud pacense.



Comentarios sin importancia

La paz del Señor

El estado en el campo. Unos días de plácido asueto, alejado del «mundanal ruido». Aquel campo es una isla de paz, muy distante de núcleos urbanos, aislado, también separado ampliamente de carreteras. Se va a él por largo y penoso camino y, una vez allí, se vive una vida olvidada, poco menos de anacoreta. No tienes, si quieres, (y claro que quiero), vida de relación alguna. Te encuentras como amputado de la sociedad, de la civilización. Puedes gozar a tus anchas de soledad y de olvidos. Allí la paz, se hace teorema de paz de alma, con paz de campos. El alma se te llena de placideces y de bondades.

Me levanto allá, muy temprano, cuando aún no se adivinan las claridades de la alborada. Y enciendo una lumbre de taramas y tueros de encina. Y trago seguidamente un café, como buen pretexto para fumar. Ya se entrevé una tenue claridad y el solitario lucero de la mañana, se enseñoorea de la comba de los cielos. Las lejanas montañas que tocan el infinito horizonte, se van tiñendo poco a poco con el color violáceo de ojerías de mala noche. Se oye el clarín agudo de un gallo, que el eco de otros gallos repite en lo lejos. Los dedos de la amanecida están mojados de escarcha. Un silencio profundo se despereza con minúsculos ruidos de vida: piafar de mulas, ladrido lejano de un perro. Desayuno, migas tiernas y doradas, recién hechas, que huelen a calor de oveja. Salgo después al campo y las hierbas tienen lágrimas de helada. Los perros de la casa me siguen porque presienten el convite de mendrugos. El sol se va aupando sobre las encinas para besar prontamente la tierra; y las encinas y peñas proyectan unas sombras alargadas, alargadas como pirámides acostadas. Me encamino al pozo,